





POR FAVOR, REBOBINAR

1ª edición en esta colección: mayo de 2024

Ilustración de cubierta: © María Jesús Contreras

Fotografía de autor: © David Gómez @huasohipster

Reservados todos los derechos de esta edición para

© 1994, Alberto Fuguet

© 2024, Fundación Alberto Fuguet

Derechos exclusivos de edición

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6335-02-3

Impreso en:

Impreso en Chile - *Printed in Chile*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradeceremos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación. Queda también rigurosamente prohibida cualquier adaptación cinematográfica, teatral, televisiva y radiofónica.

ALBERTO FUGUET  
POR FAVOR, REBOBINAR

M A X I  
TUSQUETS  
EDITORES



*Hey kids, where are you?  
Nobody tells you what to do, baby*

*Hey kids, shake a leg  
Maybe you're crazy in the head,  
Baby*

*Maybe you did, maybe you walked  
Maybe you rocked around the clock  
Tick-tock, tick-tock  
Maybe I drive, maybe you walk  
Maybe you try to get off, baby*

*«Drive», R.E.M.*



En nuestras vidas americanas, donde no hay coacción en las costumbres y tenemos derecho a cambiar nuestra vocación con tanta frecuencia como se desee y sea posible, es una experiencia corriente que nuestra juventud se prolongue durante los primeros veintinueve años de vida y solo al llegar a los treinta descubrimos por fin la vocación para la que nos sentimos capacitados y a la que voluntariamente dedicamos un esfuerzo constante.

Gertrude Stein, 1904



Lucas García  
UNA ESTRELLA-Y-MEDIA



Está claro: soy un extra en mi propia vida. No he tenido dirección, me he confundido con los decorados, mi personaje no aparece siquiera en los créditos.

Necesito un agente. Rápido. Cuanto antes.

Mi vida es como una producción Quinn-Martin.

Eso está mejor.

Estoy en algo así como el segundo acto de un capítulo aislado de una serie de televisión que ya se ha dado hasta el cansancio.

Aún no sé cuál será mi epílogo, pero sé que lo tendré.

Tengo que tenerlo. Es lo lógico.

Digamos que estoy en un punto intermedio de mi vida. No sé exactamente cuál es, pero sé que es un momento de *transición* más que de *decisión*. O sea, un momento privilegiado, que no siempre ocurre, un gran lugar desde donde mirar lo que vendrá y, peor aún, lo que pasó.

Estoy en la punta del Empire State, no funcionan los telescopios y está nublado.

¿Se entiende?

Digamos que así me siento.

Así estoy.

Pasemos a comerciales, será mejor.

Creo que debería empezar a planear mi futuro, puesto que el futuro va a estar conmigo el resto de mi vida, no así el pasado, que, con un poco de suerte y un poco de esfuerzo, perfectamente podré exterminarlo de mi sistema.

Ese es mi primer objetivo futurista: borrar el pasado.

Al menos las partes que duelen.

Lo otro es trabajar en algo, mantenerme levemente activo.

He retornado al Errol's, tal como en los viejos tiempos. He vuelto a ser un chico de videoclub. Pero ya nada es igual que antes. Estos son mis planes para lo que queda de este verano: trabajar, dormir, regar este pasto ajeno y llenar este cuaderno que me regaló Max.

Ese es mi plan.

Este puede ser el febrero de mi vida.

En dos semanas más cumplo veinte. No se me ocurre a quién invitar. Por suerte ya no tengo casa, nadie se va a poder dejar caer. Mejor dicho: no tengo a quién invitar. No tengo muchos amigos. Tampoco muchos conocidos. Antes tampoco. Eso es lo único que se ha mantenido más o menos igual.

Putamente igual.

Veinte años. *Veinte.*

Dos décadas.

Harto.

Jamás me lo hubiera imaginado. Lo increíble del asunto es que me siento de mucho menos. Por lo menos siete menos. Hay días, eso sí, en que de joven no tengo nada y lo único

que siento es un cansancio y un desánimo que pesa como si tuviera un siglo a mis espaldas.

Hay días en que duele tanto lo de adentro que me cuesta despertar.

Además: para qué.

Físicamente, soy bastante nerd, aunque si me vieran de lejos no se darían ni cuenta. Moralmente, también, supongo. Paso piola y quizás me veo normal, pero no lo soy. Falla de origen, dañado, incompleto. Digamos que no soy del tipo de nerd a lo Jerry Lewis/Pee Wee Herman ni me visto como niño de primera comunión. Dignidad ante todo. Digamos que soy un poco como Christian Slater en *Suban el volumen*, claro que cuando va a clases, no cuando es bacán y se encierra en el sótano y habla por la radio y se roba el aire.

No, definitivamente no.

Por lo menos tengo la honestidad de admitirlo. Soy nerd, tengo el pelo extremadamente corto (aún está rojo) y casi no hablo.

Y levemente autista, como todos los grandes.

Cuando me fui a presentar al Errol's, me aprobaron de inmediato. Influyó mi experiencia anterior y mi cinefilia patológica. Incluso un tipo tartamudo y con un chaleco retro tuvo la osadía de insinuar que estaba «sobrecalificado» para un trabajo así. Le respondí que necesitaba una pega como la que ellos ofrecían para distraerme mientras terminaba mi guion.

Eso puede ser cierto: una vida es como un guion.

Lo que necesito es un director.

Ese puede ser Max.

Debe ser Max.

Y una estructura, claro; un orden.

Necesito una historia para poder llegar a alguna parte.

Para así llegar al final.

El tipo tartamudo del Errol's me creyó. Después le solicité que me instalara en la sucursal Santa María de Manquehue y, tal como en una película-hecha-especialmente-para-la-televisión, me dio el puesto de una. La gente, por lo general, me cree. Mientras más uno miente, más te creen. No creo que trabaje en esto toda mi vida. Mi meta no es tener sesenta años, panza y seguir arrendándoles comedias banales a parejas acabadas que buscan algo que hacer los sábados por la noche. Pero por ahora, salva.

Y de eso se trata, ¿no?

Salvarse.

Zafar.

Si sobrevivo este verano, sobrevivo a cualquier cosa.

Por ahora, el Errol's y mucha paciencia. Es el mejor remedio. Después se verá. A cada día su propio afán. O cada cosa en su momento, como dice Max. Quizás tenga razón.

Max va a terminar leyendo esto, supongo.

Hola, Max, ¿qué tal?

Max fue el de la idea de todo esto. Me dijo: «Lucas, mientras esté fuera, escribe tus ideas. Las cosas que te gustaría discutir conmigo cuando regrese».

Te estoy haciendo caso.

Es lo único que estoy haciendo.

Ya no escribo carátulas, ya no reseño cintas, ya no estudio, ya no voy al cine.

Todo lo que antes me llenaba, ahora solo me deja vacío.

Ya ni el Errol's me vuela.

Estoy aburrido de tanta ficción, de tanto nombre, de tanto dato.

Me aterra darme cuenta de que ya no soy el de antes.

Me echo de menos. No sé con quién estoy.

Max se fue de veraneo y me dejó solo. Justo ahora. Max veranea en Costa Rica y Tikal con su novia y después dice que lo que más le interesa es ayudar a la gente. Lo único que te interesa eres tú. Eres igual a todos, Max Domínguez, igual a todos. No te engañes.

Ojalá me hubieran enviado a la cárcel. No debí haber salido de la casa.

Me debí haber quedado ahí, ardiendo.

Soy un chico bueno, Max, me porto bien, ni me pajeo. Qué más se puede pedir.

Además, no me he matado.

Te he hecho caso.

Viste, soy tu paciente favorito.

Quién si no yo te recomienda tantas películas.

Me he transformado en Ana Frank, quién lo hubiera dicho. Aquí estoy, escribiendo un diario de vida como si fuera una mina de doce. Con razón andan diciendo por ahí que me volví loco. Cuando pienso en Ana Frank, pienso en una niña que estuvo conmigo en el jardín infantil. Era igual a la foto de Ana Frank, ojeras y todo. Esta niñita, me acuerdo, era muy flaca, casi desnutrida, y siempre andaba con unos vestidos de encaje blanco manchados con jugos rojos. Tenía la manía de bajarse los calzones y mostrarnos todo. Incluso nos dejaba meter el dedo. Yo no metí nada, pero quedé

bastante impresionado, me acuerdo. Pensé: qué horror, esta chica va a quedar estigmatizada. A ninguno de estos tipos se les va olvidar esta tardecita y, el día de mañana, cuando esta chica esté a punto de casarse, se va a encontrar con un tipo que le va a decir: «Quizás no te acuerdas de mí, pero yo una vez te metí el dedo».

Así, creo, funciona un poco mi mente: más que creer que los ojos de Dios siempre me están mirando, siento que lo que tengo dentro del cerebro, conectado a los ojos, es una cámara que registra cada uno de mis actos. Creo que cuando uno se muere, se va a un gran microcine que está en el cielo y, junto a un comité *ad hoc*, uno se sienta a ver lo que ya vio.

Eso se llama el infierno.

Algunos, supongo, creen que es el cielo.

Leonard Maltin es el autor del libro *Leonard Maltin's TV Movies & Video Guide*, también conocido como el *TV Movies* o simplemente «el libro de Maltin». Leonard Maltin es un gran tipo. No lo conozco, pero lo intuyo. Debe tener entre veintiocho y cuarenta y ocho, una de esas edades indefinidas para tipos indefinidos. Usa gafas tipo Clark Kent, tiene barba y en la foto que está en la tapa de su libro sale de corbata. El libro de Maltin es como una minienciclopedia y resume y reseña alrededor de dieciocho mil cintas. Cada año, además, sale una nueva edición que cambia de color y actualiza la anterior.

Si uno es cinéfilo, este librito es imprescindible, una verdadera Biblia, algo así como las páginas amarillas del cine. Un año intenté subrayar cada cinta que vi, pero antes de que terminara el proceso, ya me había llegado la nueva

edición. Incluso comencé a memorizarlo en orden alfabético, película por película. Lo leía antes de quedarme dormido. Lo escaneaba en el baño, en la micro. Aprendí cosas realmente insólitas, absolutamente inútiles. Parte de mi problema radica en la información. En el exceso de información, mejor dicho. Sé demasiadas cosas que no debería y no sé demasiadas cosas que me hacen falta.

Podría ser peor, supongo.

Lo más importante del libro de Maltin, sin embargo, es su sistema de calificación. Maltin y sus asesores, un grupo de *freaks* adolescentes, trabajan con el viejo sistema de estrellas. Cuatro estrellas es lo máximo, lo mejor, lo sublime. No siempre estoy de acuerdo con Maltin, claro, pero cintas de tres estrellas-y-media y cuatro estrellas son las de ese tipo de cinta que más vale revisar aunque sea por si acaso. Para Maltin y compañía, lo más bajo de la escala es una estrella, pero en vez de poner una sola, la reemplazan por la palabra onomatopéyica *bomb*, que viene de bomba, claro, e implica lo peor, algo que falló, los rastros humeantes que quedaron después de un estallido.

Algunos se enredan y creen que *bomb* es positivo, lo confunden con bomba, que en Chile, quién sabe por qué motivo oculto, es sinónimo de positivo. En el Errol's siempre me preguntan «y cómo es esta película» y yo les respondo «*bomb*» y, típico, se la llevan a la casa y después me dan las gracias.

Max una vez me preguntó cómo calificaba mi propia vida. Si la encontraba *bomb* o no. Ese día andaba particularmente mal y no supe qué hacer. Después de mucho pensarlo, de estirarme en el diván y taparme la cara con mis manos, le respondí que una estrella-y-media.

«Es un buen punto para empezar», me contestó.

No he podido sacar de mi mente eso de la película-de-mi-vida.

Esa que uno supuestamente ve cuando entra al cielo e ingresa al multiplex de San Pedro, donde uno se sienta y es obligado a revisarlo todo, hasta esos repugnantes y embarazosos detalles que uno hubiera preferido olvidar.

Mi fantasía paranoica *post mortem* se estructura de la siguiente manera:

Llego al cielo y está nublado.

Todo es como una villa de casas pegadas.

Ingreso al mall y veo la cartelera.

Mi vida está en la sala VI, la más pequeña de todas.

En la I proyectan la de un tipo que estuvo en mi colegio y que se agarraba a todas las minas. Me fijo que esa cinta tiene calificación para mayores de dieciocho años. En rigor, dice NC-17 porque el mall está en el cielo sobre Miami o algo así.

El afiche que anuncia la historia de mi vida no es feo, pero nadie lo colgaría en su pieza. Es una gran foto de una inmensa calle vacía y yo camino por el medio, con las manos en los bolsillos de una jardinera tipo Chucky, el muñeco diabólico. Todos los otros cines están repletos y se escuchan risas y números musicales y hasta balazos.

Hay pocos críticos en mi función.

Uno de ellos, me fijo, se queda decididamente dormido después de pasar la secuencia que narra mi pubertad.

Decido salir al pasillo, donde me largo a comer *popcorn* salado en forma compulsiva.

Cuando el filme termina, capto que no hay aplausos.

Escucho la deliberación de los críticos:

Uno dice que todo está bien, pero que no entendió quién era el protagonista.

Otro piensa que es absolutamente imposible que alguien sea tan pasivo.

«Antonioni rehecho por John Hughes», sentencia un tercero.

Uno con voz amanerada señala que no está tan mal si se piensa que es un filme chileno. «Por lo menos hay algo de historia», dice, gentil.

Al final, llegan a un acuerdo. En forma unánime la califican con una estrella-y-media.

Soy un maestro del zapping, de la cultura de la apropiación. Digamos que afaño, pirateo, robo sin querer. Es como si tuviera un *digital sampler* en mi mente que funcionara a partir de puras imágenes. No soy un tipo creativo. No invento, absorbo.

Trago.

No soy —ni seré— un cineasta.

Tampoco un guionista.

En esencia, soy un crítico de cine.

Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

Ningún niño dice cuando es chico, «papá, cuando grande quiero ser crítico». Ninguno. Ni siquiera Truffaut. Ni siquiera yo. Pero lo fui y lo más probable es que, una vez que salga de todo esto, continúe ejerciendo el oficio. Crítico, por si no lo saben, viene del verbo criticar, pero, curiosamente, también es un adjetivo que significa grave, en estado terminal. Extraña casualidad. No me había percatado antes.

Ahora me queda del todo claro.

Tengo este tic. O hobby. Consiste en anotar, en una hoja de bloc de composición, un nombre inventado. Generalmente, anglosajón. Como Jay Bellin o Mike Bradford o Justin Rolston o Lori Silverman o Leslie Powers. Después, pongo una fecha de nacimiento a su lado. Típico, postasesinato de Kennedy, no más antiguo que eso. La idea es que estos nombres sirvan de excusa para inventar una carrera cinematográfica: actores y directores, más bien. Después, voy anotando su filmografía falsa. Me imagino cada una de sus películas, desde los títulos, el estudio, el tema, los coprotagonistas. A veces, estos actores falsos trabajan con directores de verdad, pero también debo ir inventando actores. Y nominaciones al Oscar. Y matrimonios, muertes, etapa de decadencia, etcétera. Es un juego tonto, pero me entretiene. Es como escribir una novela sin tener que recurrir a la prosa. No sé por qué, pero nunca le había contado esto a alguien. Era como un secreto. Hay gente que saca crucigramas o solitarios. O juegan Nintendo. Yo invento carreras cinematográficas. Nadie es perfecto.

El año pasado, para variar, no quedé en la universidad, pero esa no es la única de mis tragedias, solo la más reciente y no es ni para tanto, he tenido peores, mucho peores. Me fue mal en la Prueba de Aptitud, peor de lo que esperaba, 603 ponderado. Más bajo que la primera vez. En la específica de Biología, en cambio, que la di por darla, saqué 698, que no es tan poco y eso que no sabía nada, solo cara y sello, pura intuición.